

no donde haya sido superado; pero podemos anticipadamente pronosticar que sería borrado del número de las potencias morales, que deben darnos el nuevo mundo de mañana, si volviera a adoptar los procedimientos políticos de ciertos partidos, a los que, por su razón de ser, debe dar la espalda.

Yo, si bien coincido con muchas ideas territoriales de los jóvenes socialistas, rechazo sus conclusiones. Convengo en que la economía social debe ser ante todo "la ciencia del desarrollo de las fuerzas productivas (1)" y la práctica social debe tender al desarrollo rectilíneo de esas fuerzas. La supervivencia de fuerzas conservadoras y la inercia humana pueden retardar con movimientos oscilatorios harto frecuentes este movimiento de avance. Hildebrand cree justamente que es inútil diluir con sofismas una dialéctica causante de antagonismos artificiales, verdaderos zigzag de la historia. Y de estos sofismas hay muchos en el pensamiento lassallista, marxista o prudhoniano. Pero ya Marx en su "Manifiesto comunista" dejaba comprender que la "lucha de clases" era transitoria y que las mismas clases dirigentes algún día tendrían interés en no obstaculizar el desarrollo de las clases obreras. Lassalle, en su "Die Wissenschaft und die Arbeiter", había llamado la ciencia en auxilio de los obreros, y, viceversa, en su "Arbeiterlesebuch" propone fincar la fuerza real de los batallones obreros sobre el ideal político de los liberales intelectuales. Hasta la pequeña burguesía, no hay clase que Lassalle no espere arrancar a su letargo. Es un verdadero pensamiento de hombre de estado, pues una política de integración que, aún en épocas de lucha y cuando los intereses de las clases se oponen unos a otros, levanta los intereses de la nación contra los de las clases en guerra, es encomiable. Lassalle pensaba con razón que sólo tal política llevaría a la democracia socialista a la plenitud de su potencia. No se le puede reprochar a un teórico, preocupado de evitar la estrechez marxista y la marcha contra los hechos actuales y visibles tendencias de desarrollo, y partidario de la "realización de una humanidad única", que el primer cuidado que él considera conveniente sea el de la unidad nacional (2). Creemos, pues, ser tolerantes. Pero, si nos vemos obligados a rechazar las conclusiones prácticas de Hildebrand y de los re-

formistas que le acompañan, ¿se nos tildará de intransigentes? Opinamos que tales conclusiones, por su naturaleza, tienden a agravar los malentendidos nacionales por la fuerza que la adhesión de las masas obreras alemanas podrá imprimir a tales tendencias, y las consideramos contrarias a los principios e ideales en que pretenden inspirarse.

La idea central del libro de Hildebrand es que la prosperidad de las clases obreras depende de dos condiciones: 1o. un desarrollo de la producción industrial continuamente de consumo con la población; 2o. una extensión de suelo suficiente para alimentarla y vestirla. Pero, según Hildebrand, la existencia de estas dos condiciones no será posible durante mucho tiempo; y aquí él coincide con el pensamiento de List. Todos los países agrícolas se industrializan, es una ley determinada por el aumento de población. ¿A donde iría a parar el excedente de campesinos, sino en la industria, a no ser que prefiera emigrar?

Pero la patria aldeana tiene interés en conservar esta población que está a punto de abandonarla y por ello crea sin demora la industria donde aquella hallará ocupación. Los implementos que necesita y el lujo a que aspira se satisfarán mejor con esta industria creada en su mismo seno. Su producción agrícola se colocará más ventajosamente sobre este mercado interno ensanchado. Es la historia de los Estados Unidos, agrarios en un principio y que importaban de Europa la maquinaria para sus campos y los productos manufacturados. Pero en seguida vino la producción industrial americana que sobrepasó a la europea, y que alguna vez le hace competencia en sus mismos mercados. La historia de Prusia no difiere de aquella. Aunque parezca una paradoja, Federico, para levantar la agricultura, creó manufacturas, medios de transportes, bancos; la industria, la finanza y el tráfico fueron los medios más eficaces para estimular la producción agraria. Un régimen agrario necesita, pues, una superestructura industrial, pero es necesario que ésta no se desarrolle en demasía. Hay un límite tras el cual las subsistencias se encarecen y resultan insuficientes. Es la época del industrialismo puro. Nuevas conmociones, cada vez más profundas, arrancan a la población agrícola efectivos que serán arrojados a la industria. Hasta en Francia, país de lento desarrollo, la clase obrera que en 1901 formaba el 40 por 100 de la población, en 1911 formaba el 45 por 100. Los desplazamientos son mucho más vastos en Inglaterra y Alemania.

Resulta, pues, que esos países industriales necesitan, para comer y vestir, valerse de la producción de afuera. La superficie cultivable que les hace vivir se prolonga infinitamente más allá de su territorio. La tierra arable de Francia está situada en buena parte en Africa; la de Alemania en Rusia, Hungría, Brasil, China, Argentina. Es así como la Europa resuelve la cuestión actual de la superproducción industrial, de la escasez de víveres y del encarecimiento de la vida. Ella paga con productos industriales el trigo, artículos coloniales, los frutos, los aceites, el algodón, la lana, la seda, la goma que le faltan. Nada mejor que esto si los países nuevos pueden absorber todo el exceso de la producción industrial europea, en cambio de su exceso de producción agrícola convenientemente asegurada. Pero la ley de crecimiento que ha regido el desarrollo de los pueblos industriales de Europa, empieza a regir también en los países nuevos.

(Continuará)

Carlos ANDLER.

## El concepto de la patria

La expresión corriente del concepto de patria nos la define como el suelo donde se nace. Examinada objetivamente esta noción, aplicando el método que Durkheim preconizara para la sociología, de considerar los fenómenos sociales como si fueran cosas, pronto el análisis demuestra su inconsistencia racional. De los dos elementos que la integran ninguno reviste para el investigador desprovisto de prejuicios el valor que generalmente se les asigna. El nacimiento no siempre coincide con el suelo para determinar la formación del vínculo patriótico. Los fenómenos migratorios, particularmente acentuados como acontecimientos normales en los tiempos modernos al impulso de las condiciones económicas, han motivado el arraigo de millares de hombres en otros países que el de su origen, y una institución de derecho público, la naturalización, ha venido a tener múltiples y universales aplicaciones, sobre todo en América, donde la adopción de una nueva nacionalidad, de una segunda patria, es un hecho frecuente. Un tercer elemento, pues, sustituye en muchos casos al elemento biológico precitado en la formación del vínculo patriótico, con la indiscutible superioridad sobre el nacimiento en cierto lugar de ser la resultante de un acto libre y no de un fenómeno natural ajeno en absoluto a la voluntad del in-

dividuo. Y tan extraordinario es que dependan de tal hecho los sentimientos de amor a la patria, que se ha querido extender la acepción gramatical del término y comprender dentro de él la iniciación de la vida, el despertar de las primeras tendencias, el recuerdo, en fin, de los años de la infancia; pero la repercusión de todo esto a través del tiempo es de orden puramente interno, afectivo, y ajena por tanto a la cuestión de que tratamos.

El suelo en el significado que la definición recordada le asigna, no es la pequeña porción material de espacio en que el nacimiento se produce, sino la extensión territorial limitada por las fronteras nacionales. Como en este sentido puede ser considerado de múltiples puntos de vista, cabe preguntarse a cuál ha de atenderse. No es a sus condiciones naturales. Ninguna patria tiene el monopolio de la tierra fértil y rica ni de la hermosura del paisaje y si los argentinos, por ejemplo, apreciamos el rendimiento de la agricultura por la buena calidad de los campos o admiramos con honda emoción estética la belleza de los lagos patagónicos, no desconocemos la igual o superior productividad de otras regiones del mundo, ni dejamos de sentir el espectáculo del sol de media noche en los helados parajes del Norte de Escandinavia. No es tampoco del punto de vista económico. La propiedad, soporte fundamental de la sociedad capitalista, en cuyos moldes está plasmada la organización de todas las naciones civilizadas, es una institución de derecho privado que tiene por sujetos a una escasa minoría de los habitantes de cada país, en tanto que el resto están en la condición jurídica de simples arrendatarios, situación precaria, subordinada al interés, la voluntad o el capricho del propietario y que no liga al hombre en forma permanente al suelo.

El nacimiento ni el suelo no son, pues, los elementos básicos de la patria. Otros factores se han buscado y la tradición, la comunidad de raza, el régimen legal, han aparecido. La reflexión más superficial destruye las hipótesis que en ellos se fundan, y nosotros, que vivimos en un país donde por los datos que nos suministra la observación diaria no precisamos prolijas investigaciones para comprobar que alrededor de la bandera argentina se agrupan en los cuerpos del ejército nacional descendientes relativamente puros de latinos, anglo-sajones, eslavos, tentones e indígenas, hombres de todos los credos y que no tienen ninguno, sólo vamos a detenernos en los dos factores en apariencia más exactos: la tradición nacional y el régimen legal. El primero comprende la rememoración de los aconteci-

(1) Es por esto que atribuyo tanta importancia socialista a Federico List, en un tiempo en que sólo veían en él al teórico del proteccionismo. V. mi "Orígenes del socialismo de Estado en Alemania" 1897, 2a. edic. 1910.

(2) Gerhard Hildebrand "Die Entwicklung der Produktivkräfte", etc. (Sozial. Monatshefte, 1912, No. 11).